

LXXXVII.

Yo solo he de decir los que espusieron
Por su Dios y su Rey la amada vida,
Que, haciéndola inmortal, la revivieron
A la luz de su gloria esclarecida.
Febo y las que hasta agora me siguieron
Me doblarán la llama concedida,
Mientras que tomo aliento, descansando,
Para seguir despues mayor cantando.

FIN DEL CANTO SÉTIMO.

LOS LUSIADAS.

—
CANTO OCTAVO.

ARGUMENTO DEL CANTO OCTAVO.

Ve el gobernador de Calecut varias pinturas recamadas en las banderas de la Armada, y oye la esplicacion que le hace de ellas Pablo de Gama. Origen del nombre de Lusitania: hechos gloriosos de los Reyes de Portugal y de sus vasallos, hasta el Rey D. Alfonso V: manda el Samorim á sus Arúspices que consulten lo futuro respecto de la Armada: informan contra los navegantes: pretenden destruir á Gama, el cual satisface al Rey sobre sus injustos cargos y sospechas.

LOS LUSIADAS.

CANTO OCTAVO.

I.

Vimos que el Catüal se detenia
En la primer figura que hay pintada,
Que en la diestra por signo un ramo erguia,
Blanca barba luciendo dilatada.
Saber quién es, y la razon queria
De por qué lleva la señal narrada;
Y dice Pablo, cuya voz discreta
El Mauritano al Indio le interpreta:

II.

«Estos varones todos que parecen
Tan fieros á la vista en sus aspectos,
Más fieros y más bravos aparecen
De su esfuerzo y valor por los efectos:
Antiguos son, y aun ora resplandecen
Grandes entre los hombres más perfectos:
Luso es este que ves, por quien la fama
A nuestro reino Lusitania llama.

III.

»Fue hijo, ó compañero del Tebano
De quien se cuenta el conquistar contino:
Parece que á parar al suelo Hispano,
Siguiendo el curso de sus armas vino.
Del Guadiana y del Duero el campo ufano,
Ya Elisio dicho, tanto le convino,
Que nombre allí dejar quiso á los huesos,
Y sepultura á sus cansados huesos.

IV.

»El ramo que le ves como divisa,
El verde Tirso fue de Baco usado,
El cual á nuestra edad muestra y avisa
Que fue su hijo ó compañero amado.
Ese otro que del Tajo el suelo pisa,
Despues de haber tan largo mar sulcado,
Muros perpetuos á su orilla eleva
Y á Palas templo, de su amor en prueba.

V.

»Es Ulises quien labra santa casa
Al Númen que le da lengua facunda;
Que si en Asia á la grande Troya abrasa,
En Europa á Lisboa insigne funda.»
«¿Quién es ese otro acá que el campo arrasa,
Con presencia entre muertes furibunda,
Y destroza legiones cien guerreras
Que las águilas llevan por banderas?»

VI.

Dice el gentil; y le responde Gama:
«Ese que ves, pastor fue de ganado:
Viriato sabe el mundo que se llama,
En espada más diestro que en cayado:
De Roma á escurecer llegó la fama,
Vencedor invencible y celebrado.
Con él no alcanzan, ni tener pudieron,
Los modos que con Pirro antes tuvieron.

VII.

»Con fuerza no, con maña vergonzosa
Le quitaron la vida: ¿qué os espanta?
Si la gente, aun la grande y generosa,
La ley á veces de virtud quebranta.
Contra su patria ese otro, que orgullosa
Le trata, con nosotros se levanta:
Y cierto escoge bien con quien se alzase,
Para que eternamente se ilustrase.

VIII.

»Tambien, con nos, abate las banderas
De esas aves de Júpiter amadas;
Que desde el tiempo aquel las más guerreras
Huestes son por nosotros ya arrolladas.
Ve de qué artes se vale, y qué maneras
Para ganar los pueblos amañadas:
Fatídica una cierva se lo avisa:
Él es Sertorio, y ella su divisa.

IX.

»Mira esotra bandera y ve esculpido
Al gran tronco de Reyes Lusiberos:
Nos Húngaro le hacemos; que nacido
En Turingia le dicen extranjeros.
Despues que tiene al Moro ya vencido
Y á Galicia y Leoneses caballeros,
Porque la real raiz se santifique,
Pasa al Santo Sepulcro el Santo Enrique.»

X.

«Dime quién es ese otro, que me espanta
(Pregunta el Malabar maravillado),
Que escuadrones sin fin de gente tanta,
Con tan poca ha vencido y destrozado:
Que á tantos hijos de Ismael quebranta,
Tantas batallas da, jamás cansado,
Y que coronas huella en todas partes
A sus pies derribadas, y estandartes.»

XI.

«Es Alfonso Primero (dice Gama),
Qué todo Portugal al Mauro toma;
Por quien jura al Estigio ya la fama,
Que más no ha de ensalzar glorías de Roma
Este es aquel piadoso á quien Dios ama,
Por cuyo brazo al Moro adverso doma,
Y de su reino abátele los muros,
No dejando que hacer á los futuros.

XII.

»Si César y Alejandro así tuvieran
Tan pequeño poder, tan poca gente,
Contra enemigos tantos cuantos eran
Los que venció este Príncipe escelente,
No creas que sus nombres se estendieran
Con renombre inmortal tan largamente:
Mas deja hazañas suyas, no esplicables,
Que asaz las de su gente son notables.

XIII.

»Este á quien ves decir con gesto airado
Al derrotado alumno mal sufrido
Que recoja el ejército sembrado
Y en su campo se encierre defendido,
Es el que anciano al mozo ha libertado,
Y en vencedor le torna de vencido;
Egas Moñiz se llama el fuerte viejo:
De súbditos leales claro espejo.

XIV.

»¡Ved que va con sus hijos á entregarse!
La cuerda al cuello, en ropas de villano,
Porque el mozo no quiso ya doblarse
Cual él lo ha prometido, al Castellano,
Cuando hizo con ofertas levantarse
El cerco en que cayó su soberano:
Con hijos y mujer busca la pena,
Y por salvar al Rey, él se condena.

XV.

»No tanto el Cónsul hizo que, cercado
En las Caudinas horcas ignorante,
A pasar por debajo fue obligado
De aquel yugo Samnítico triunfante.
Este por el su pueblo desdeñado,
Entrega su persona, audaz, constante:
El otro, á él y á lo que más le duele:
A la esposa sin culpa, al hijo imbele.

XVI.

»Ved aquel que saliendo de celada
Da sobre el Rey que cerca un muro fuerte:
Ya le prende y la villa es descercada,
¡Hecho inmortal que coronó la suerte!
Vedle que va pintado en esta Armada,
Dando en el mar también al Moro muerte,
Cogiéndole las naves, con la gloria
De la primer marítima victoria.

XVII.

»Es Don Fúas Rupiño, que en la tierra
Resplandece y la mar con el cruento
Fuego con que encendió, junto á la sierra
Abilense, del Moro el armamento:
Mira cuál, por tan justa y santa guerra,
De morir combatiendo está contento:
Desde las manos del Infiel el alma
Sube al cielo, feliz con justa palma.

XVIII.

»¿Ves allí mucha gente de extranjero
Traje salir de grande armada y nueva,
Que á combatir ayuda al Rey primero
A Lisboa, y de si da tanta prueba?
¿Ves de Enrique, famoso caballero,
Una palma nacer junto á la cueva?
Milagro hace por ellos Dios no visto:
Hermanos son los mártires de Cristo.

XIX.

»La espada un sacerdote lleva erguida
Contra Arronches, que toma por venganza
De Leiria, que de antes fue vencida
Del que por Mahomede enristra lanza:
Es Teotonio el Prior. Vé aquí ceñida
A Santarem, y vé la aseguranza
De esta figura que alza la primera,
Sobre el muro, de quinas la bandera.

XX.

»Y mira aquí dó Sancho desbarata
Los moros de Vandalia en dura guerra;
Rompe las huestes, al Alférez mata,
Y el Hispano pendon echa por tierra:
Es Mem Mõñiz, que el gran valor retrata
Del padre, que en su tumba no le cierra:
¡Digno es de esas banderas, pues la suya
Ensalza ¡oh castellano! á costa tuya!

XXI.

»Mira aquel que desciende por la lanza,
 Con las cabezas dos de los vigías,
 La celada ocultando con que alcanza
 La ciudad, por sus artes y osadías;
 La cual toma por armas la semblanza
 Del vencedor que las cabezas frias
 Lleva en la mano: ¡esfuerzo jamás hecho!
 ¡De Giraldo sin miedo este es el pecho!

XXII.

»¿No ves á un castellano, que agraviado
 De Alfonso Nono por el odio antiguo
 Al Moro, con los Laras, se ha pasado,
 De Portugal haciéndose enemigo?
 De Abrantes la ciudad toma, ayudado
 De Máura multitud que trae consigo:
 Mas vé que un Portugués con poca gente
 Lo desbarata y prende brávemente.

XXIII.

»Martin Lopez se llama el caballero
 Que de este rico honor gana el tesoro.
 Mas mira un eclesiástico guerrero,
 En lanza convertir báculo de oro:
 Mírale entre dudosos tan entero
 En no negar batalla al fuerte Moro:
 Vé el signo que en el cielo le aparece
 Con que en sus pocos el esfuerzo crece.

XXIV.

»Ve los Reyes de Córdoba y Sevilla
 Aquí con otros dos correr el llano,
 Para morir al fin ¡oh maravilla
 Hecha por Dios, que no por brazo humano!
 Vé, ya se rinde de Alcacer la villa,
 Que todo muro y ardimiento es vano,
 A Mateos, Obispo de Lisbona,
 A quien palma celeste allí corona.

XXV.

»Mira un Mestre, que baja de Castiella
 Portugués de nacion, cómo conquista
 Tierra de los Algarves, y ya en ella,
 No encuentra quien por armas le resista:
 Con arte, esfuerzos, y benigna estrella,
 Castillos, villas toma á escala vista:
 Vé á Tavira ganada á sus señores
 Por vengar á los siete cazadores.

XXVI.

»Vé que á Silvestomando, al Moro engaña
 Que antes la conquistó con fuerza ingente;
 Don Payo de Correa, cuya maña
 Y valor es envidia de la gente;
 Y vé los tres que en Francia y en España
 Hácense conocer perpetuamente
 En torneos, en lucha, en desaffos,
 Dejando en ellos fama de sus bríos.

XXVII.

»Con nombre los ve entrar de aventureros
 Castiella do la prez solos llevaron,
 De los juegos de Marte verdaderos,
 Que de muchos con daño ejercitaron.
 Ve muertos á los bravos caballeros
 Que de los tres al principal retaron;
 De Gonzalo Ribeiro esa es la alteza,
 Y la ley del morir con él no reza.

XXVIII.

»Mira aquel que su fama tanto estiende
 Que con ninguna antigua se contenta,
 Y el país, que de un hilo flaco pende,
 Sobre sus hombros sólidos sustenta:
 ¿No le ves, de ira lleno, que reprende
 La desconfianza vil, inerte y lenta
 Del pueblo, y le somete al dulce freno
 De su Rey natural, no del ajeno?

XXIX.

»Vé que por su consejo que tomaba,
 De Dios guiado y de su santa estrella,
 Puede lo que imposible se juzgaba:
 Vencer al pueblo ingente de Castiella.
 Vé, por industria suya y fuerza brava,
 Otro estragó y victoria clara y bella,
 En la gente feroz, cuanto infinita,
 Que entre el Tartesio y el Guadiana habita.

XXX.

»¿Mas no ves cuasi aquí desbaratado
 El poder Lusitano, por la ausencia
 Del Capitan devoto, que apartado
 Invoca en su oracion la Trina Esencia?
 Vélo, con prisa de su gente hallado,
 Que le dice que falta resistencia
 Contra tal fuerza, y pídele que acuda
 Para que á los ya flacos lleve ayuda.

XXXI.

»Pero vé con qué santa confianza,
 Que no era tiempo aún le respondia,
 Como quien tiene en Dios la asecuranza
 Del triunfo que luego le daria:
 Así Numa al oír que la pujanza
 Del contrario las tierras le corria,
 Responde al que la nueva le está dando:
¿Pues no miras que estoy sacrificando?

XXXII.

»Siora el nombre á decir quieres que pruebe
 Del que fiado en Dios así campea,
 Escipion Portugués llamarse debe,
 Mas con el de Nuñ'Alvarez se arrea:
 ¡Patria dichosa que á tal hijo lleve!
 Padre aun mejor, que en cuanto el sol rodea
 El gran globo de Céres y Neptuno,
 Nunca cual este se hallará ninguno.

XXXIII.

»Vé que en la misma guerra presa apaña
 Este otro Capitan de poca gente.
 Comendadores vence en la campaña,
 Y su botin rescata bravamente.
 Vé que otra vez la lanza en sangre baña
 Solo por libertar con celo ardiente
 Al preso amigo: ¡ejemplo de leales,
 Pero Rodriguez es de Landroáles!

XXXIV.

»Mira el traidor aquel, y cómo paga
 El perjurio que fizo, y vil engaño:
 Es Gil Fernandez d'Elvas quien le amaga
 Y hace luego sufrir el mayor daño:
 De Jerez roba el campo y le encenaga
 En la sangre del mísero aledaño:
 Y mira á Ruiz Pereira cual de frente,
 Escudo á las galeras es potente.

XXXV.

»Vé cómo diez y siete Lusitanos
 De lo alto de ese otero se defienden,
 Fuertes de cuatrocientos castellanos,
 Que por cogerlos en redor se estienden:
 Mas pronto anunciarán con ayes vanos
 Que no se guardan solo, mas que ofenden:
 ¡Accion que debe el mundo hacer eterna
 Grande en la edad antigua y la modernal

XXXVI.

»Sábese, de muy lejos, que trescientos
 Contra un mil de Romanos pelearon
 En tiempos que civiles ardimientos
 De Viriato las glorias levantaron:
 Que de aquellos, logrando vencimientos,
 Herencia memorable nos dejaron,
 (Como despues probamos en cien luchas)
 De arrostrar pocas fuerzas á las muchas.

XXXVII.

»Los infantes vé aquí Pedro y Enrique,
 De Juan progenie ilustre y generosa:
 Hace aquel que su fama certifique
 Germania, con su muerte valerosa:
 Este, que ella en los mares le publique
 Por su descubridor, y la orgullosa
 Ceuta postre su Islámica jactancia
 Y rinda, con sus puertas, su arrogancia.

XXXVIII.

»Mira al Conde Don Pedro, que sustenta
 Dos cercos contra toda Berbería;
 Y otro Conde ve allí que representa
 En la tierra, de Marte la osadía:
 Con defender no solo se contenta
 Á Alcacér contra inmensa compañía,
 Mas de su Rey la vida, en grave apuro,
 Salva y pierde la suya allí en el muro.

XXXIX.

»Verias muchos más que los pintores
Aquí tambien de cierto pintarian;
Mas les faltan pinceles y colores,
Honra, premio y favor que ingenios crían:
Culpa es de los viciosos sucesores,
Que en verdad se degradan y desvian
Del lustre y del valor de sus pasados,
En gustos y altiveces atollados.

XL.

»Los altos padres que principio dieron
Á la generacion que de ellos baja,
Mucho por la virtud entonces hicieron,
Que tambien por formar nietos trabaja.
¡Ciegos que de las penas que sufrieron
Si la fama las glorias nunca ataja,
Oscuros deja siempre á sus menores,
Con dejarles descansos corruptores!

XLI.

»Tambien hay otros grandes y abastados
Que de troncos ilustres no provienen,
Por la culpa de Reyes, que á privados
Dan más que á los que esfuerzo y saber tienen
Á estos, sí, que á los suyos ver pintados
No place, y diz que orgullos no convienen;
Y es su contrario natural la tabla,
Y quieren mal á la pintura que habla,

XLII.

»No niego que hay á veces descendientes
De generoso tronco y casa rica,
Cuya nobleza en usos escelentes
Su blason heredado magnífica;
Y si la antigua luz de sus parientes
Con su valer no aumenta y clarifica,
Al menos no se apaga ni hace oscura:
Mas de estos halla pocos la pintura.»

XLIII.

Gama así con acentos no prolijos
Los hechos cuenta que, con varia tinta,
Claros, perfectos, del pincel son hijos
Del artífice docto que allí pinta.
El Catiál los ojos prestos, fijos
Tiene en la historia vívida y distinta,
Mil veces preguntando y mil oyendo
Las gustosas batallas que está viendo.

XLIV.

Mas ya la luz mostrábase dudosa,
Porque la inmensa lámpara se hundia
Bajo del horizonte, y luminosa
Llevaba á los antípodas el dia;
Cuando la Naire gente numerosa
De la gran Capitana ya salia
A buscar el reposo, que descansa
Los lasos miembros en la noche mansa.

XLV.

En tanto los Arúspices famosos
De la ciencia Gentil, que en sacrificios
Dicen adivinar casos dudosos
Por señales diabólicas ó indicios,
Por el Rey mismo enviados, estudiosos
Ejercian el arte y sus oficios
Sobre esta gente y su venida estraña
Del mar remoto de la ignota España.

XLVI.

Dáles signo el demonio verdadero
De qué aquel nuevo pueblo les sería
Cautividad y yugo postrimero,
Destruccion de su gente y su valía;
Y espantado el atónito agorero
Al Rey le va á decir (cual lo entendian)
Las señales que halló fieras y estrañas
De las víctimas viendo las entrañas.

XLVII.

Y á todo esto se añade que á un devoto
Que profesa la ley de Mahomede,
Del odio concebido no remoto
A la fe santa que sufrir no puede,
En forma del Profeta, que tan noto
Del hijo de la esclava Agar procede,
Baco, que de sus odios no desiste,
En sueños se le muestra fiero y triste,

XLVIII.

Y le dice: «¡Oh mi gente! estad alerta
Del daño que os prepara el enemigo,
Que por los mares ya el camino acierta,
Antes que esteis más cerca del castigo.»
Esto escuchando, el Moro se despierta
De la vision absorto; mas consigo
Piensa que es de comun sueño el efeto,
Y se vuelve á dormir tranquilo y quieto.

XLIX.

Y torna Baco, y dice: «¿No conoces
Al gran legislador que á tus pasados
El precepto enseñó, que reconoces,
Sin el cual fuérais muchos bautizados?
Yo velo, si tú duermes á mis voces;
Pues sabe que los otros, que llegados
Serán despues, harán daño infinito,
En el culto que al hombre dejé escrito.

L.

«Mientras flaca es la fuerza de esta gente,
Ordenad que con fé se la resista,
Pues cuando sale el sol, bien fácilmente
Se puede en él poner fija la vista:
Mas así que subió claro y ardiente,
Ciego queda el que á verle un tiempo asista,
Cual quedareis vosotros, si raices
Permitís que estos crien ¡infelices!»